

215

Federico Reaño

Hechos y sucedidos

RELATOS HISTORICOS, BREVES
Y HUMORISTICOS



CÁCERES

Est. Tip. de Santos Floriano González

1922

380	u	383	

67. 108 767

robigeous v. andal

Para el Ateneo de Cáceres

Sedrici Duran



Hechos y sucedidos



Part of the same

the same

the same

Federico Reaño

2
45-2/3

HECHOS Y SUCEDIDOS

— 181182 —

Relatos históricos,
breves y humorísticos.

380	~	383		

I

Una hazaña de Carancio

Esto de «Carancio» parece un camelo y no lo es. Carancio ha existido, aunque parezca mentira y ha realizado una hazaña que puede incluirse en el número de las titánicas, así como suena, y que en las *Historias* de España de medio pelo no se consigna, por lo que vamos nosotros a relatarla *cálamo corriente* para no ser pesados.

Numancia, la célebre Numancia estaba sitiada por las legiones romanas de Escipión Emiliano (a) el Numantino, el cual escamado por lo que les había sucedido a otros generales sitiadores que

le precedieron en aquel cometido, adoptó un sistema nuevo y de su invención. El sistema consistió en formar un cerco de asedio alrededor de la hasta entonces invicta ciudad.

Todo esto es conocidísimo de nuestros lectores, y por lo tanto, no insistiremos en ello. Pero he aquí que ahora precisamente es cuando aparece en escena nuestro amigo Carancio.

Este apreciable joven al ver aquel cerco formidable que iba ahogando a a los numantinos, a las numantinas y a los numantinitos, concibió la idea de pedir auxilio a los habitantes de Arevacos, pueblo no muy distante de Numancia. Como para ello tenía que romper el cerco va y ¿qué hace?... Pues juntarse con otros cuatro prójimos tan resueltos como él y romper el citado cerco lo mismo que el que lava.

Suspende el ánimo el considerar la heroicidad de aquellos valientes, que dió por resultado la hazaña de Carancio al cual felicitamos sinceramente y le enviamos la enhorabuena, aunque no con todo el entusiasmo que merece. Bien es verdad que ya hace de ello sus bue-

nos dos mil cincuenta y tanto años, y al
cabo de tanto tiempo, la verdad, no
está ni medio bien que nos entusiasme-
mos por una *cosa* tan remota.

II

La cola de Sertorio

Cuando el romano Sertorio vino a la península Ibérica para contrabalancear el poder de Sila—según él—se hizo tan agradable a los españoles, que empezaron éstos a agruparse en torno suyo llegando a formar un respetable ejército con el cual, el ex tribuno-legionario aspiraba a que Hispania se hiciese independiente de Roma.

El tal Sertorio a creer lo que nos dice la historia era un hombre más listo que Cardona y más vivo que una ardilla. Como además de esto era valiente como un chacal y simpático como una onza,

nada tiene de extraño que cuando el traidor Perpenna hizo que le asesinaran durante la celebración de un festín en en la ciudad de Osca (Huesca) todos los españoles que constituían su *guardia de devotos* hicieran la burrada de matarse los unos a los otros para no sobrevivir a su jefe, señor y amigo.

Pues bien, el bueno de Sertorio, que antes de ser guerrero fué abogado, no hacía más que predicar a los españoles lo conveniente que era la misión de todos para el éxito completo de su causa. Para *meterles* bien la idea en la cabeza cogía la cola de un cababallo y, trás, trás, trás, iba rompiendo una a una las cerdas hasta que las rompía todas. Luego, continuando su ejemplo le decía a cualquiera de los espectadores:

—A ver, tú, amigo; rompe esta otra cola de una vez.

Y, claro, no había ningún guapo capaz de hacerlo.

—He ahí--decía Sertorio--el ejemplo de lo que *sus* tengo dicho. ¡La unión es la fuerza!

Esto es lo que se sabe del asunto.

Además se tiene noticia de que a fuerza de repetir el ejemplo, dejó sin cola a casi todos los caballos de su ejército.

III

¡El pobre Fulga!...

Estamos—es un decir—en el año 640, y tenemos reinando en España a un respetable señor que atiende por el estrafalario y ridículo nombre de Tulga. Este había llegado a ser monarca porque a los obispos les pareció que siendo hijo de Chintilla debía suceder a su papá en el trono.

Como estamos en el referido 640 solo con la imaginación, vemos con la imaginación también que los magnates godos que son unos completísimos caciques, están disgustadillos por el *aquel* de que los obispos hayan hecho el nombra-

miento de rey sin contar con ellos y vulnerando su derecho de elección, y vemos como se reúnen, cabildean, cuchichean y conspiran. Vemos asimismo que como resultado de sus conspiraciones van y cogen a Tulga y le quitan el trono y se disponen a darles jicarazo *pa que no pene*. Pero los magnates, se sienten magnánimos y acuerdan romper con la costumbre que había entonces de destronar y matar al mismo tiempo.

Como consecuencia del acuerdo llevan al prisionero a un monasterio en donde le encierran. Mas alguien opina que el pobre Tulga puede escapar y pretender el trono, pero como según disponen los concilios ningún monje puede llegar a su rey van y le cortan el pelo a rape, le compran unas sandalias de lance en el *Rastro*, le ponen un hábito y le hacen religioso.

Compadezcamos al bueno de Tulga por su destronamiento y lamentemos su reclusión perpétua, pero después de todo, no es de extrañar que le sucediese ese percance. Un hombre que tiene el mal gusto de llamarse Tulga, no debe aspirar a nada. ¡Absolutamente a nada!

IV

Wamba y la corona

El señor de Wamba era un noble go-
do, ancianito él, y labrador él, más bue-
no que el pan y que vivía lejos de la
Corte, sin meterse en política ni en na-
da que se le pareciese. Bueno, pues se
pusieron las cosas de modo que al falle-
cer el Rey Recesvinto, los obispos y los
magnates le echaron el ojo al anciano
labrador para que hiciese de Rey.

Total que fueron a verle, le dijeron a
lo que iban, y que sí y que nó, y que si
tal, que si cual, el honrado labriego di-
jo que no quería la corona aunque fue-
ra de oro molido, hasta que uno de los

comisionados sacó la espada y la enarboló diciendo.--«*Nisi consensurum te nobis promittas, gladii hujus muirone modo trucandum scias*» cuya traducción libre al castellano es; «Si no aceptas la corona te clavo la espada en el bajo vientre»

Wamba entonces contestó:—A mí por las buenas, todo lo que querais... Y fué proclamado rey y desempeñó su real cometido como las propias rosas, pues resultó un monarca de los que entran pocos en libra.

Esto que acabamos de poner en conocimiento de ustedes nos lo cuenta doña Clio—la historia, como si dijéramos—y debemos creerlo, pero también nos cuenta esto otro: Estaba Wamba arando unas tierrecillas que llevaba en arriendo cuando llegaron los obispos y magnates con el encarguito de marras. Al enterarse nuestro hombre de la cosa, dicen que dijo que aceptaría la corona, el cetro y el real manto cuando las ranas criasen moño, o en su defecto, cuando floreciese el palo seco que tenía para aguijonear a los bueyes. Tan pronto como dijo eso, comenzaron a

brotar del tal palito la mar de hojitas y flores.

¿Cuál de las dos versiones es la cierta? ¿La primera, la segunda, las dos, ninguna?... ¡Quién lo sabe! Pueden ustedes quedarse con la que quieran. ¡Hay un *elijan*!

V

Hermogio y su sobrinito

Hermogio, obispo de Tuy, fué un fresco, dicho sea sin ánimo de efenderle, y la demostración vamos a darla muy pronto.

Digamos antes que no tenemos ninguna animosidad contra él a pesar del nombrecito que se gozaba, y de paso consignaremos que estamos refiriéndonos a los años 930-931, aproximadamente.

Sucedió por entonces que se dió la batalla de Valdejunquera en la que Abderramán III atizó a los cristianos una daliza morrocotuda. En ella—en la ba-

talla—tomó parte el susodicho don Hermogio, cosa esta que no tiene nada de particular, pues en aquellos lejanos tiempos, los obispo tiraban de mandoble como cualquier guerrero siempre que se trataba de combatir a los infieles. Pues bien, el belicoso Obispo fué prisionero y ante el temor de perder la pelleja, a fuerza de componendas y ofrecimientos consiguió la libertad dejando en lugar suyo a un su sobrinito llamado Pelayo que a la sazón contaba diez primaveras. El hombre pensaría: Entre mi sobrino y yo, la elección no es dudosa.

Y así salió ello. Llevado a Córdoba el muchacho y amenazado y atormentado por Abderramán para que se hiciera moro, sucumbió antes que quebrantar lo más mínimo su fe católica, y hoy figura en el Santoral.

No tenemos más noticias del señor Hermogio, pero es de suponer que no dejaría de pensar para su capote:

—Si no llego a tener un sobrinito disponible ¡me caigo con todo el equipo!

VI

La venganza catalana

El Emperador de Oriente, Andrónico Paleólogo, para desembarazarse de los turcos, pidió ayuda a las milicias cristianas; y como consecuencia de ello, cuatro mil catalanes y aragoneses al mando de Roger de Flor, marcharon a aquellas tierras y allí se portaron como cuatro mil leones atizando leña de un modo brutalal.

Pero un hijo de Andrónico temiendo que los *legionarios* se metieran con los griegos, hizo asesinar en un festín a Roger, al mismo tiempo que una numerosa hueste helena caía sobre los despre-

venidos aragoneses y catalanes, haciéndoles migas.

Para substituir al pobre Roger, llegó Berenguer de Enteuza, con un gran repuesto de valientes almogávares y con ellos zurzó de lo lindo a los griegos, pero asesinado asimismo este bravo jefe apareció otro llamado Bernardo de Rocafort.

Y ahora llega la *venganza*. Este Bernardo cuya espada no se parecía ni remotamente a la de su célebre tocayo, hizo irrupción por todo el imperio arrojando con sus bravas huestes a las tropas griegas, saqueando, incendiando, talando, arrasando y no dejando títere con cabeza. Después, se apoderó del ducado de Atenas, se lo regaló a su rey, y se quedó tan fresco, como si no hubiera hecho nada.

Esta sarracina es la que vulgarmente se conoce con el nombre de *venganza catalana*. Si no lo sabían ustedes, ya lo saben... ¡y en paz!

VII

Derrumbamiento de Pancho IV

Este Sancho IV que ahora sacamos a colación no es el apodado el *Bravo* que reinó en Castilla a la muerte de su padre Alfonso X el *Sabio*. Este nuestro es Sancho IV de Navarra, y lo de su derrumbamiento no quiere decir que fuese arrojado del trono. Dicho esto entremos en materia que es a lo que estamos.

Cuando heredó el trono navarro por fallecimiento de su padre García IV, tuvo que «apretarse los machos» como dicen los toreros, considerando el buen sabor de boca que había dejado su papaito. Este se había pasado la vida pe-

leando y tratando de conquistas todo lo conquistable, mozas inclusive, hasta que deseando hacerse dueño del reino de Castilla cuyo turno estaba ocupado por su hermano Fernando I, fué muerto en la batalla de Atapuerca en la que luchó como un toro, aunque sea mala comparación.

Sanchico—como le llamaban sus íntimos—se internó por el reino moro de Zaragoza y si no extendió sus dominios como pretendía, fué porque le ocurrió un *pequeño* percance que le costó la vida.

El percance fué que yendo un día de caza al llegar al derrumbadero de Peñalén que estaba y está entre los ríos Arga y Arsogón, y cuando más descuidado estaba el hombre, le salieron al encuentro dos hermanos naturales—varón y hembra—que tenía el gusto de gozarse llamados Ramón y Ermisinda y le *arrempujaron* y le despeñaron por el precipicio, quedando en el acto hecho una especie de tortilla de escabeche allá en el fondo. Este fué el *derrumbamiento*.

Por cierto que la policía no molestó al asesino ni a la asesina ni tanto así. Y ustedes perdonen el modo de señalar.

VIII

Los siete infantes de Lara

¿Ustedes creen que los siete infantes de Lara son un camelo histórico? Es posible, pues hay historiadores que afirman rotundamente que no hay tales infantes ni tales carneros.

Nosotros nos atenemos al testimonio del Padre Juan de Mariana que tiene toda nuestras simpatías y creemos a cierra ojos en la existencia de dichos infantes, ni más ni menos, ni menos ni más. Ahí va, pues, lo que de ellos sabemos.

D. Gonzalo Gusties tuvo siete hijos lo mismo que pudo tener siete diviesos.

Estos hidalgos fueron los siete infantes de Lara. Los siete hermanos tenían una tía:—¡y tan tía! —llamada D.^a Lambra de Bureles, esposa de D. Ruy de Velázquez.

Estos son los antecedentes de la historia de los infantes. Dicho esto, relate-mos lo que sigue y nos quedaremos la mar de tranquilos.

Sucedió que un día los tales hermanos se permitieron gastar una broma de salón a la par que inocente a su querida tía, y esta que era de caballería, fué y juró vengarse de los traviesos muchachos. Y se vengó de un modo radicalísimo, como verá el que leyere. El señor Ruy empezó por mandar a D. Gustíos a Córdoba con una cartita para el rey moro, en la que le decía que le cortase la cabeza al portador.

Luego hizo que los moros armasen una emboscada a los siete hermanos, de resultas de la cual fueron muertos los siete infantes juntamente con su ayo que se halló en la trifulca, y decapitados con todas las de la ley. El hecho ocurrió el día 3 de Junio del año 978 en los campos de Araviana, junto al

Moncayo, y damos estos detalles para que vean los historiadores que niegan el suceso, que estamos documentados.

Como final hacemos constar que las siete cabezas metidas en un cesto fueron enviadas a la vengativa D.^a Lombrá, la cual se puso tan contenta con aquel regalo que se marchó *ipso facto* al cine a ver al gordo Faty.

IX

El Malo y La Cerda

Esto no es, como alguien pudiera creerse, el título de una fábula. *El Malo* fué el rey Carlos II de Navarra, y la Cerda fué el condestable del reino de ese apellido.

El suceso que nos está ocupando fué que el tal Carlos, hizo matar a la Cerda a consecuencia de un pleitecillo que había entre ambos. Con ello demostró el *Malo* que para ganar un pleito lo mejor es suprimir al contrario, cosa que pueden tener presente todos los litigantes.

Tan inicuo asesinato hizo más ruido que un repique general de campanas, y

como los franceses—que eran amigos de la víctima - trataron de averiguar quien era el asesino, recibiero del Rey la noticia de que él solito era el autor de la fechoría porque «lo había tenido a bien».

Así las gastaba el tal Carlitos, y bueno es advertir que hay historiadores que opinan que el dictado de *Malo* fué injusto. Pero vean ustedes: además de esta hazaña declaró la guerra a su suegro Juan II de Francia e hizo decapitar a Granmont y a Ramírez, enemigos suyos, y al gobernador de Tudela, porque no le era simpático.

Claro es que realmente los citados historiadores tienen razón sobrada al opinar como opinan. No debió llamársele el *Malo*, sino el *Peor*.

X

El Cruel y Abu-Said

La cosa fué *porque un día* el rey moro de Granada llamado de nombre Abu-Said, y *Rey Bermejo* de mote, se metió con sus huestes por tierras de D. Pedro I de Castilla y se dieron unas cuantas batallas entre cristianos y moros, y al cabo hicieron las paces. Esto era corriente entonces y lo es ahora: dos naciones pelean, hacen las paces ¡y tan amigos!

Esto precisamente creyó Abu-Said cuando a poco de terminar la guerra con los castellanos se vió comprometido por la rebelión de sus súbditos. Estos

con Mohamed Largo a la cabeza trataron de arrancarle la corona con cabeza y todo al rey *Bermejo*, por lo cual, el bueno de Abú amparándose en la generosidad o hidalguía de su antiguo enemigo y ya amigo D. Pedro el *Cruel*, llegó a Sevilla con su brillante séquito de nobles cortesanos.

D. Pedro le recibió la mar de cariñoso, y echando la casa por la ventana le alojó en el Alcázar, con lo que el *Bermejo* se relamía de gusto. Pero el *Cruel* que en vez de sangre en las venas tenía tinta de calamares mezclada con ácido prúsico, recordando los malos ratos que su moruno huésped le había proporcionado *in illo tempore* cuando era su enemigo, fué acometido por la *basca* y le mandó prender y maniatar, y atado a un burro fué conducido al campo. ¡Horrible, verdad? Pues no acabó ahí la cosa, sino que contemplando a su indefensa víctima, se le recrudeció la *basca* de marras, y tomando carrerilla atravesó de una lanzada al pobre *Bermejo*.

Bueno... pues a pesar de esta infamia sin nombre y de otras muchas por el estilo que realizó el primero y único de

los *Pericos* castellanos, hay historiadores que a semejante fiera le suprimen el calificativo de *Cruel* y le cuelgan solo el de *Justiciero*... ¡Ganas de hablar que tienen algunos!

XI

Las patadas de Alfonso I

Alfonso I de Aragón por su carácter guerrero, díscolo y agresivo mereció el sobre nombre de *Batallador*. Sin embargo, no falta quien opina que no debió llamarse de ese modo, y nosotros modestos hasta más no poder, creemos que debió llamarse o apelarse de otra manera.

Sí, lectores; el calificativo que mejor le hubiera cuadrado a este apreciable monarca hubiera sido el de «Pateador», y vamos a demostrarlo, pues aquí se explica todo como dijo el otro.

Este D. Alfonso, por conveniencias políticas se había casado con la célebre D.^a Urraca de Castilla, la cual tuvo siem-

pre cierta repugnancia a este matrimonio hasta que tuvo al fin que apenar con él.

Los dos cónyuges se llevaban como el perro y el gato. Si él decía *blanco*, ella decía *negro*; si ella decía *blanco y negro*, él decía *nuevo mundo*, y así por el estilo hasta que llegó el procedimiento que suelen emplear los rufianes con sus señoras, esto es que Alfonsito empezó a maltratar brutalmente a Urraquita «poniendo las manos en su rostro e los pies en su cuerpo» o viceversa.

¿Qué tal? ¿Fué pateador o no lo fué? Bien es verdad que Urraca no fué un modelo de virtudes, precisamente, pues tuvo una barbaridad de amantes entre ellos Lara, Condespina y Ausúrez, pero esto no justifica las regias y alfonsescas pateaduras. Nosotros y con nosotros todas las personas sensatas censuramos ese procedimiento. Ya que la esposa le salió *respondona* pudo haberla mandado con los papás, o con la abuela o denunciarla al juez de guardia o matarla completamente. Todo menos *patearla*.

Eso de argumentar con los pies, resulta muy *pedestre*.

XII

El monje arrepentido

Ordoño II de León, aunque tuvo el gusto de gozarse cinco hijos, no dejó el trono a ninguno de los muchachos sino que se lo regaló a su hermano Fruela II. Pero he ahí que este pobre hombre se murió de la lepra complicada con la tos ferina al año de reinar, y entonces se encargó de la corona el mayor de los chicos de Ordoño, un tal Alfonso IV.

Ahora bien, este Alfonso era más aficionado a empuñar el hirápo que el estro y le gustaba más el hábito monacal que el manto de armiño. Conque va, y

se retira al monasterio de Sahagún regalándole la corona a su hermano Ramiro II.

En el monasterio lo pasaba el hombre tal cual, pero habiendo llegado a sus pecadoras manos una baraja usada, se fijó más de la cuenta en el rey de oros y le entraron unas ganas atroces de volverse a cazar la corona. Total, que se la pidió a su hermanito diciéndole que de lo dicho no había nada, y éste le contestó que *piscis*.

—¿*Piscis*?—replicó el ex-monje.—
Pues las armas hablarán.

Y pelearon los hermanos con sus parciales respectivos, y como uno de ellos tenía que perder le tocó la china a Alfonso, con lo cual hizo las diez de últimas, pues el bruto de Ramiro una vez que le tuvo prisionero y para hacer boca, le mando sacar los ojos, diciéndole despues de la horrorosa mutilación.

--*Pa que veas, hermano, pa que veas!*...

XIII

El año 1.000

Cuando faltaba poco para el año 1.000, se produjo en España un pánico morrocotudo. Los augures de entonces comenzaron a propalar que al llegar la fatídica fecha tendria lugar *la* fin del mundo, y al que más y al que menos se le arrugaba la región umbilical y no le llegaba al cuerpo su correspondiente camisa. Dichos augures recibieron el nombre de *milenarios*.

Y efectivamente, no se acabó el mundo, pero faltó muy poco. Terminó el año 999 y se pasó al 1.000 como es natural. Por casualidad comenzó al entrar

el verano, a apretar el calor de firme y a poco principiaron a secarse fuentes, arroyos, lagunas y rios como nunca se había visto.

— Ya está ahí la *fin* —decían unos.

— Esto es la *debâcle* —exclamaban los que habían leído la novela así titulada que Zola escribió ochocientos y pico años después.

— Esto va a ser el *desmiquen* —gemían otros.

Y entrante el calor apretaba hasta ahogar y las gentes se movían como chinches y lo que más acabó de confirmar a todos en la creencia de que había llegado la de «hincar el pico», fué que empezó a cumplirse la profecía de Isaías —como señal del fin de los tiempos— de que pacerían y beberían juntos el lobo y el cordero, pues sucedió que en los contadísimos rios que permanecieron sin secarse, se veía beber juntos en amigable confraternidad lobos y corderos, perros y gatos, galgo y liebres, suegras y yernos, *ingleses* y acreedores, etc., etc.

Afortunadamente aquello pasó y el optimismo renació en el ánimo de nues-

tros antepasados. Bien es verdad que en ese optimismo tuvo mucha parte la paliza que poco antes habían arreado a los infieles en la batalla de Calatañazor, lo *cual* que ¡miel sobre hojuelas!

Veremos si en el año 2.000 pasa algo parecido.

XIV

Una embajada

Aunque a cualquiera le molesta que le vayan con embajadas, nada de eso le sucedió al célebre Tamerlán, emperador del Mongol y rey de Persia con la que le envió el monarca castellano, Enrique III, el *Doliente*. Esta estaba formada por los nobles Payo, Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez, Palazuelos.

Aunque al parecer la cosa carece de importancia, la tiene y mucha, pues demostró y probó que el doliente monarca sabía lo que se traía entre manos en lo tocante a diplomacia. Los embajadores castellanos fueron perfectamente

atendidos y agasajados hasta el punto de que Tamerlán o Timur- Lang (el Cojo) les proporcionó un espectáculo gratuito y fuera de abono, cual fué la batalla de Angora, en la cual zurró de lo lindo a Bayaceto, emperador de los turcos. El soberano de Persia que era un barbián de la *idem*, correspondió con otra embajada que vino a Castilla a devolver la fineza.

Eso estaba muy bien hecho, y como lo estaba fué Enrique y envió otra embajadita que marchó a aquellas lejanas tierras y cuyos miembros iban entusiasmados porque iban a contemplar la belleza de aquellas *persianas*. De ella formaba parte Ruy González Clavijo, el cual a su regreso, después de haberse juergueado en Samarkanda a *estira pellejo* escribió una narración detallada de su viaje, relación que en 1582 doscientos y pico de años después—fué dada a la estampa por Argote de Molina. Dicha relación o crónica según los que la han leído resulta muchísimo más amena e interesante que los *Viajes morrocotudos* de Pérez Zúñiga.

Y nada más, por ahora.

XV

Enrique y el maniquí

Enrique IV el *Impotente* no sabía si la llamada *La Beltraneja* era hija suya o no. Eso puede pasarle a cualquiera ¡qué demonio!... Pero lo que no puede pasar es lo que hacía nuestro hombre, que tan pronto decía que la infanta era su hija como era hija de Rita, vamos al decir.

Como resultado de esto, la nobleza celebró un pacto con el rey en el cual este pobre hombre reconocía su deshonor; pero arrepentido a poco el nunca bastante ponderado Enrique, se acordó de los cangrejos y se volvió *pa atrás*.

Más ¡ay! los nobles reunidos en Avila dijeron que *nones* y procedieron a la degradación y al destronamiento del *Impotente* de un modo grotesco y humorístico como va a verse *ahorita mismo*. Levantaron un tablado en las afueras del pueblo y encima pusieron un maniquí que representaba al rey adornado con todos los atributos de la realeza. Un escribano con voz campanuda y afectada comenzó a leer un proceso contra el soberano, en el que se le iban haciendo una barbaridad de cargos, y en el que se le llamaba hereje, *morral*, sinvergüenza y otras lindezas por el estilo. A cada cargo que se le hacía se le quitaba al muñeco un atributo o una prenda. El arzobispo de Toledo empezó por quitarle la corona al mismo tiempo que le daba un papirotazo en la nariz, y así sucesivamente fueron los demás nobles desnudando al monigote hasta dejarlo *en pelota*. Como final, y para no cansar, fué la estatua arrojada al suelo al mismo tiempo que los vitoriosos aclamando al hermano del rey con el nombre de Afonso XII rasgaban el espacio.

En resúmen, una juerguecita de esas de *no te menees*.

Lo que prueba que por los años de mil cuatrocientos sesenta y tantos, nuestros antepasados se corrían unos bromazos como para ellos solos.

XVI

¡Si la hicísteis en Pajares!..

Pues señor... Ello fué que conforme caminaba en peregrinación a Oviedo el rey Sancho III de Navarra, hubo de toparse en su camino, allá por Pajares con una aldeana la mar de bonita. El bueno del monarca que era aficionado a lo bonito y a lo ajeno fué y sedujo a la preciosa aldeana en cuestión y continuó su camino tan campante. Pero ¡ay! el esposo ultrajado aunque aldeano y rústico no aguantaba ancas de nadie ni ultrajes de monarcas por muy navarros que fuesen, y saliendo tras el rey le alcanzó en Campomanes y con una navaja

de Albacete le largó un viaje en la tripa que le dejó difunto del todo. De ahí el viejo refrán que dice:

«Si la hicísteis en Pajares
pagaréisla en Campomanes».

Verdaderamente fué una lástima la muerte de Sancho, quien como rey fué uno de los mejores del mundo y que con justicia mereció que se le llamase el *Grande*. Había engrandecido sus dominios formando una monarquía fuerte y poderosa, contribuyó eficazmente a zurrar a los moros en la batalla de Calatañazor; entabló y llevó a cabo unas negociaciones diplomáticas con Bermudo III de León que quitaban el hipo; fomentó las artes y las ciencias, etc., etc. Fué — repetimos — un excelentísimo señor rey.

Ahora bien, su matador, como rústico que era, ignoraba seguramente esas buenas cualidades y le pinchó. Y es de creer ¡que no ignorándolas también le hubiera pinchado, pues se dice que el hombre tenía para su uso particular este lema: «El que me la hace, me la abona».

Y como Sancho se la hizo, pues se la abonó «ipso facto»...

XVII

Los caballos de D. Juan

Varios tientos fueron los que tiró don Juan I de Castilla a la Corona de Portugal. Empezó por concertar el matrimonio de su hijo Enriquito con Beatriz, hija del Monarca lusitano. Como quiera que luego enviudó porque se le murió su señora, fué y se casó con la novia de su hijo con la condición de que cuando su suegro cerrase el ojo pasaría a sus sienes la tal corona. Pero cuando llegó la ocasión, los portugueses dijeron que *nones* y proclamaron rey a un portugués de su agrado, un maestro de Avis, y con las mismas el monarca castellano

trató de tomar por malas lo que no le daban por las buenas y al efecto, marchó con su ejército al vecino reino para conquistarlo.

Pero estaba el hombre de malas. Se declaró una horrible epidemia en sus mesnadas y tuvo que volver a Castilla más que a paso, y a poco, con otro ejército mayor, invadió otra vez las tierras lusas, y en Aljubarrota *nos* dieron los portugueses una paliza tan morrocotuda que don Juanito no tuvo gana de volver a las andadas.

En dicha batalla ocurrió lo que nos hace escribir estos renglones. El rey quedó desmontado porque le mataron la cabalgadura y en el apurado trance de la huida hubiese sido muerto si don Pedro González de Mendoza no le hubiera entregado la suya, acción sublime pues lo hizo a sabiendas de que sacrificaba su vida por salvar la del rey.

Este hecho ha sido inmortalizado por la musa popular en el célebre romance que dice:

«Si el caballo vos han muerto
subid, Rey, en mi caballo».

No se sabe si don Juan le dió las gra-

cias a don Pedro, pero lo que si consta es que el caballo era para el Rey una especie de *jettatura* o *mala pata*, pues al fin y al cabo murió a consecuencia de un soberbio porrazo que se dió desde otro caballo en el que paseaba tranquilamente.

Ya lo saben ustedes... Mucho cuidado con los caballos, que suelen perjudicar... ¡Sobre todo cuando viene la contraria!

XVIII

El Emplazado y los Carvajales

Tanto la tradición como la leyenda popular nos cuentan que el rey Fernando IV de Castilla mandó arrojar desde la peña de Martos (provincia de Jaén) a los hermanos Carvajal, acusados injustamente de haber dado jicarazo al favorito Benavides, y que los inocentes reos emplazaron a su rey y verdugo para que a los treinta días compareciese con ellos ante el tribunal de Dios.

La cosa es la mar de bonita, y lo es más aún porque a los treinta días justos y cabales, el injusto monarca hincó

el pico, según cuentan la tradición y la leyenda citada.

Nosotros abandonamos el terreno de la leyenda y el de la tradición, y entramos con el pie derecho en el de la historia que es más firme y ateniéndonos al testimonio del historiador árabe Ebn-Alhathib, contemporáneo del despeñamiento, negamos lo que la tradición y la leyenda nos dicen... ¡Así somos nosotros!

Juan y Pedro Alonso de Carbajal, fueron dos apreciables hidalgos que no tuvieron arte ni parte en la muerte del favorito y que no emplazaron a Fernando porque éste no quiso entrar en la plaza... y perdón por el chiste. Tampoco el citado monarca se murió a los treinta días del suplicio, sino a los *cincuenta y cinco* de fabricarse la tortilla con los cuerpos de los dos hermanos. Además, el tan citado D. Fernando falleció a consecuencia de un cólico herméticamente cerrado según unos o de una borrache-
ra de órdago, según otros, pero no de muerte misteriosa como dice la leyenda.

Esta es la cosa escueta y verídica.

Aunque la leyenda suele ser más bonita que la historia, nosotros preferimos D^a. Clío, que es una señora muy bonita también, la verdad sea dicha.

XIX

Un jeroglífico

Nuestro talentudo monarca Alfonso X el *Sabio* fué muy poco sabio para educar a su hijo primogénito Sancho, pues le dió alas para que éste, andando el tiempo disputase la corona al autor de sus días.

El pobre D. Alfonso que era una especie de enciclopedia, no supo como salir del atolladero y no se le ocurrió al hombre otra cosa que pedir auxilio al rey de Marruecos, dejándole empeñada su corona para *responder a cargos*. En la guerra civil promovida por el tal Sanchito, al que ayudaban los reyes de

Portugal, Aragón y Granada, no tuvo el *Sabio* otro refugio que la ciudad de Sevilla, que le fué más fiel que una perra. En ella—en Sevilla—escribió amargado por la ingratitud de su hijo su admirable libro titulado *Las Querellas*.

Pero no fué esto solo lo que hizo, sino que inventó un jeroglífico camelírtico que tiene la más de *intringulis* y del cual nos vamos a ocupar enseguida para desocuparnos y no ser molestos.

El susodicho jeroglífico se lo concedió a Sevilla como premio y como prueba palpable de la fidelidad que con él guardó la perla del Betis, y estaba formado—y está, puesto que figura en el escudo de la ciudad—por las sílabas NO-DO, con una madeja en el medio. La solución de ello es la siguiente: NO madeja DO, o lo que es lo mismo, NO *m'ha deja* DO o *no me ha dejado*, haciendo ver que durante la adversa fortuna del rey, la fiel ciudad no *le había dejado* de amparar y consolar.

De dende resulta que Alfonso el *Sabio* fué un precursor de Novejarque, ¡ni más ni menos!

XX

Los "Montero de Espinosa"

Parece ser que una tal D.^a Oña, mamá del conde de Castilla Sancho García, se enamoró como una *dementa* del mismísimo Almanzor, e instigada por éste, trató de envenenar a su propio hijo para que no viese las *cosazas* que pudieran ocurrir.

El negocio hubiera resultado la mar de bien si no hubiera estado al quite un montero del conde llamado Sancho Peláez, natural de la villa de Espinosa. Gracias a este buen hombre que velaba por su señor se frustró aquella felonía *oñanesca* o de D.^a Oña.

Agradecido el conde y conmovido por la fidelidad de su servidor, instituyó la guardia de los *Monteros de Espinosa* para que por la noche guardaran su condal personita. El asunto tuvo lugar en el año 1013, y ese carguito les fué concedido al tal Peláez y a los demás vecinos de Espinosa.

Esa guardia nocturna dió un resultado excelente y a ella se aficionaron los subsiguientes reyes de Castilla. Verdaderamente, eso de tener una porrada de servidores que le vigilen a uno el sueño para poder dormir o pierna suelta, tiene que ser una barbaridad de cómodo.

Los reyes castellanos fijaron en doce el número de *monteros* y estos entraban de servicio a las ocho de la noche y salían a las ocho de la mañana, y ni que decir tiene que a cambio de esa vigilancia abnegada y molesta les fueron concedidos muchos honores y privilegios.

Esta es la historia sucinta de los *Monteros de Espinosa*, no falta quien quiere restarles méritos comparándolos con los serenos que también ve-

lan el sueño real... y verdadero del vecindario, pero no están acertados los que hacen semejante comparación. Los Monteros de Espinosa eran, sí, *serenos*.

Pero como adjetivo... ¡y sin chuzo!

XXI

Una indirecta

D. Enrique de Trastamara mató de una puñalada trapera a su hermanito D. Pedro el *Cruel*. ¿No es eso? ¡Perfectamente!

Ahora bien ¿hizo bien en matarlo? Nuestra opinión es tan humilde que no vale la pena exponerla. Lo que sí decimos es que a los perros rabiosos se les da la morcilla y en paz.

En lo que desde luego no obró bien fué en calzarse la corona de Castilla vi- viendo tres hijas legítimas del difunto, llamadas D.^a Beatriz, D.^a Constanza y D.^a Isabel. Lo mismo que nosotros opi-

naba don Martín López de Córdoba, y tan lo opinaba que cuando el fratricida era ya todo un señor rey nuestro hombre se encerró con las muchachas en Carmona y dijo que no reconocía como monarca al emperador aunque le zurciesen, pues don Enrique no era rey, ni Roque, ni Cristo que lo fundó.

En vista de ello *hablaron* las armas y después del asedio consiguiente aceptó Enrique las condiciones que le impuso don Martín, y éste capituló la mar de honrosamente; pero más le hubiera valido no capitular, pues Trastámara o el de las *Mercedes* faltó como de costumbre a su palabra y mandó matar al ilustre paladín de las huerfanitas y a sus adictos, martirizándoles antes para *desengrasar*.

Y cuando al heróico señor de López le llevaban arrastrando por las calles de Sevilla camino de la plaza de San Francisco donde «le cortaron pies e manos e le quemaron» hubo de toparse con Duguesclín—el que volvió la tortilla que formaban los hermanitos agarrados—y al oír de labios del francés

palabras de compasión, dijo como quien no dice nada:

—Más vale morir leal que vivir como traidor. Que traducido al lenguaje vulgar significa:

—¡Chúpate esa!

XXII

El valiente Tenorio

Los benimerines eran unos apreciables sujetos naturales de Africa que le tenían la mar de ganas a nuestra Península y que despues de varias tentativas quando reinaba en Castilla Alfonso XI realizaron una invasión morrocotuda mandada por Habul Hasan, rey de Fez. Los cristianos de prisa y corriendo ante el chubasco que se les venía encima reunieron una escuadra a la cual hizo migas la escuadra de los moros. Después los tales benimerines con Abdelmelik—hijo de Abul—a la cabeza, fueron derrotados en Lebrija. Pero la alegría en casa de los pobres dura poco, y esta vi ?

toria de los castellanos se vió anulada por otra derrota naval que sufrió la armada cristiana en aguas de Trafalgar.

Y aquí es donde entra lo nuestro. Era almirante de la armada cristiana *un tal* Alonso Jofre Tenerio, persona casi desconocida y que a pesar de eso merece ser popular y célebre. Cuando su galera estaba rodeada de numerosas barcos enemigos y casi toda ella cubierta de heridos y muertos, fué nuestro hombre y agarró con la mano izquierda el estandarte real y con la derecha la espada, defendiéndose como gato panza arriba, hasta que cayó exánime con más agujeros en su cuerpo que un asiento de rejilla.

En aquel mismo sitio, cuatrocientos setenta y tantos años después le pasó una cosa parecida al almirante D. Cosme Churruca, y al mencionarlo lamentamos lo mismo que se lamenta el historiador Moreno Espinosa que Churruca haya pasado a la posteridad con aureola y Jofre Tenerio, no.

Pero es lo que pasa .. Hasta para morir o para que le maten a uno hay que tener suerte, que dijo D.^a Berenguela.

XXIII

El sitio de la Coruña

Después del desastroso fin de la escuadra *Invencible*, aquella que Felipe II envió «no a luchar con los elementos» sucedió lo natural, lo lógico, lo que tenía que suceder y fué que los ingleses se envalentonaron y con sus numerosísimas naves atacaron todas las posesiones españolas. Entre las plazas que sufrieron el asedio de los ingleses, una de ellas fué la Coruña, y el asunto ocurrió allá por los años 1589.

Dueños los ingleses de los mares, hacían más daño que los pianos de manubrio, y plaza que sitiaban, plaza que se

había caído con todo el equipo. Población que ellos enfilaban, población que quedaba inservible, como ocurrió en Cádiz, en cuya ciudad hicieron un destrozo morrocotudo, hasta el punto de que por entonces hubo un desocupado ingenioso que inventó el siguiente refrán: «Con todos guerra y paz con Inglaterra».

Pues bien, resulta que la Coruña estaba ya si *cade* o *non cade*, pues desde que lo ingleses la pusieron sitio, casi todos los habitantes se habían quedado en el *sitio*. Pero de pronto una mujer llamada María Pita, cuando la guarnición iba a capitular, cogió a un soldado la espada y la rodela, y diciendo: «*Arrear pa alante*» según unos, o «El que tenga honra que me siga», según otros, dió tal ejemplo de valor y arrojo, que los sitiadores tuvieron que salir de naja gachas las orejas y *rabum interpernorum*, que dicen los latinos.

También quedó la valiente Mariquita que Felipe II la concedió el empleo y la paga de alférez, premio insuficiente para sus merecimientos, pues no se le ocurrió al monarca ni ascenderla, ni

pagarla ningún quinquenio, ni siquiera la pensión de la cruz de San Hermenegildo.



XXIV

El “Impotente” y la guerra

Enrique IV de Castilla, llamado el *Impotente* por mal nombre, fué el inventor de una frase que indudablemente ha sido el origen de otra muy corriente en nuestros días. Esta de ahora es: «Ver los toros desde la barrera». La que pronunció Enrique, enseguida la diremos.

Ello fué que el citado monarca—que por cierto no tuvo más méritos que ser hermano mayor de la gloriosa Isabel la Católica—le entró una especie de humanitarismo que no pegaba bien con la misión de un rey que tenía aún la mo-

risma en Granada, o sea casi en sus mismas narices. El hombre había averiguado que en las batallas se derramaba mucha sangre y que las armas hacían pupa, y no quiso lanzar sus huestes contra los moros por esa aplastante razón. Esto, como hombre pacífico le ponía por las nubes, pero como monarca castellano le había colocado a la altura de una zapatilla, *lo cual* que los nobles y los no nobles de su época, que eran belicosos como unos demonios, hasta se llegaron a chungaear de él sin recatarse lo más mínimo.

Y sucedió que el obispo de Cuenca, cuya sangre era la mar de cristiana y tal hubo de instarle en cierta ocasión a que marchase con su ejército a machacar unos cuantos millares de infieles. Entonces el bueno de Enrique tuvo una frase que es a la que vamos a parar; le contestó textualmente:

— *«Los que no habéis de pelear sois muy pródigos de las vidas ajenas».*

¡No le parece a ustedes que esa frase puede haber sido el origen de esa otra de ahora referente a la barrera y a los toros!

¡Naturalmente!

El polvo de Almanzor

Aben-Amir-Mohamed, conocido por *Almanzor*, o sea el «Victorioso» fué un tío como todos ustedes saben. La historia nos ha transmitido los rasgos y destellos de su gigantesca figura, y aunque el hombre por causa de los hados caprichosos, nació y vivió completamente moro; su recuerdo perdura y perdurará a través de los tiempos y de los espacios, alcanzando un relieve como acaso no tenga ningún otro personaje de las pasadas centurias.

Aunque era moro, como ya hemos dicho, nació en suelo español—en Torrox, provincia de Málaga—y todos los

rrot, provincia de Málaga — y todos los españoles podemos estar orgullosos de tenerle de compatriota aunque fué muy bruto, con perdón sea dicho.

Ganó la mar de batallas, hizo una barbaridad de conquistas, lo mismo de territorios que de mozas guapas, gobernó los estados de la morisma como las propias rosas, formuló las ciencias y las artes, cultivó las letras, fundó escuelas a las que asistía de vez en cuando, premiando a los más aventajados alumnos, etc., etc.

Como detalle curioso, detalle que nos hace escribir éstas líneas se cuenta de él que llevaba siempre consigo y guardado en una cajita el polvo que se le había depositado en sus ropas en las cincuenta y siete batallas que había ganado. El polvo fué derramado sobre su sepulcro, pero hay quien opina que ese polvo fué apócrito, teniendo en cuenta que en la batalla de Cañatalazor — batalla que algunos historiadores niegan haya existido, sin tón ni són, y última a que asistió el célebre guerrero — le sacudieron los cristianos el polvo de lo lindo, y claro, si ya lo tenía sacudido,

mal pudieron esparcirlo sobre su tumba.

XXVI

El escudo de Cataluña

Wifredo el *Velloso* como saben ustedes fué el primer conde independiente de Barcelona.

Según dicen los que le conocieron era un hombre que aunque parecía un oso por la parte de fuera, resultaba una tórtola inocente y sencilla por la parte de adentro.

Hay quien cree que él solito de *motu proprio* se declaró independiente emancipándose de los reyes francos, y otros aseguran que el propio Carlos el *Calvo*,

monarca francés, reconoció voluntariamente la independencia de Cataluña bajo el mando de Wifredo por tratarse de un hombre tan ecuaníme y tan barbián. Sea ello como quiera, a nosotros nos tiene sin cuidado y además nada tiene que ver con lo que vamos a contar a vuelta de correo.

Parece ser que el rey *Calvo* andaba guerreando con los normandos que le traían a mal traer y en su auxilio marchó con sus huestes el bueno de Wifredo. Este se portó como un hombre, asombrando a propios y extraños con su valor y su arrojo, tanto que fué herido tan gravemente que le faltó muy poco para ser un cadáver peludo.

Pasada la sarracina, fué Carlos a visitar al herido y éste tuvo la genialidad de mojar la mano derecha en una de sus heridas y pasarla por su escudo que era liso. El escudo quedó manchado y adornado con cuatro rayas rojas y sanguinolentas. Entonces el *Calvo* fué y se conmovió y concedió el escudo sangrante como escudo de Cataluña. Así se formó el escudo catalán pintado con cuatro barras rojas.

Y nada más. Veán ustedes de que modo tan *bonito* tuvo escudo propio la hermosa tierra de *en* Cambó.

XXVII

La temeridai de don Beltrán

Vamos a extendernos unas *miajas* más de lo que acostumbramos al relatar la *quisicosa* que nos ocupa ahora, pues lo mereee de sobra. Es más, merece que todos los astros épicos habidos y por ascender la canten en octavas reales y aún peseteras.

Nosotros tendríamos mucho gusto en confeccionar un poema así de largo—y perdonen el modo—pero no nos sentimos con fuerzas para semejante empresa. Digamos la referida *quisicosa* en «prosa dile» y estamos cumplidos.

Don Beltrán de la Cueva que además

de llamarse Beltrán se llamaba también maestro de Santiago, duque de Alburquerque, mayordomo mayor de palacio, jefe único del Estado, señor de las villas de Cuéllar, Roa, Molina y Atienza, conde de Laguna y cuatro o cinco *etcéteras*, tuvo una confidencia la víspera de la batalla de Olmedo como para tomar carrera y no parar de correr hasta las islas Chinchas. La tal confidencia era que había cuarenta caballeros juramentados en el campo enemigo para buscarle durante la batalla y mascarle la nuez.

Pero D. Beltrán «no se arredra» y en lugar de salir de naja o esconderse entre los colchones, fué y envió al enemigo una relación prolija y detallada, en la que constaba el traje que había de llevar en la batalla con todos sus colores, pelos y señales, y las armas y caballo que usaría, para que los juramentados lo encontraran enseguida.

Y se dió la batalla. El ejército real que mandaba nuestro hombre era de cuatro mil hombre; el de los enemigos del rey lo formaban cerca de doce mil. Pues a pesar de eso, las tropas de don Beltrán alcanzaron sobre el enemigo

una victoria estupenda, completa, definitiva, después de una sangrienta batalla en la que el inmortal duque de Albuquerque luchó con más arrojo y fiereza que un león recién enjaulado y sin que ninguno de los conjurados de marras se atreviera a meterle mano al insigne caudillo. ¡Así se portó el supuesto o verdadero padre de la *Beltraneja*!

Vemos, pues, confirmada nuestra afirmación de que la *quisicosa* merece un poema. ¿Verdad? ¡Claro!... ¡Y una multitud de poemas!

XXVIII

Un mal trago y varios peores tragos

Hubo en Aragón, allá por los años mil trescientos cuarenta y tantos, un monarca llamado Pedro de nombre y el *Ceremonioso* de apodo, con el número cuatro de los reales Pedros aragoneses. Este señor, según nos cuenta la historia, era de complexión enfermiza y débil y de carácter taciturno, frío y enérgico. Además de esto tenía unas *sentrañitas* como para echárselas a un perro.

A causa de haber menoscabado los fueros de sus súbditos, éstos se alzaron al grito de ¡*Unión!* y tan capitán general fué el alzamiento que el de las cere-

monias viendo el negocio mal parado se volvió atrás de todo lo dicho, pero no le valió la cosa, pues triunfantes los de la *Unión* lograron prender al rey y le llevaron a Valencia, donde le hicieron sufrir una barbaridad de humillaciones. Una de ellas fué hacerle bailar hasta de coronilla en un baile de gentuza dirigido por un barbero.

Claro está que al fin todo concluyó, pues las tropas reales vencieron a los *unionistas* en la batalla de Epila, y entonces fué ella, pues el *ceremonioso*—llamado tambien *el del puñal* porque rasgó con su daga el privilegio de la Unión, y el *Cruel* por lo que sigue—trincó a los jefes *unionistas* por el pescuezo, y después de ordenar derretir la llamada *Campana de la Unión* y recordando el mal trago que le hicieron pasar en el baile del barbero, les obligó a echarse al buche un traguito del hirviente líquido metal. Además de esto les hizo sufrir otros martirios a cual más bárbaros.

¡Valiente tío bruto! ¿No? Pues a pesar de todo resultó un rey de primera, pues engrandeció sus estados ensanchándolos

con la Cerdeña y la Sicilia, y hasta protegió y cultivó las letras, lo cual demuestra que la mala entraña no es incompatible con *lo otro*.

XXIX

El Pico de Muley-Hacen

Comencemos este breve relato diciendo como cantan en *La Bruja*: «Pues señor, este era un rey, un rey moro de Granada»...

A este rey llamado Muley-Hacén le salieron dos granos malignos en las personas de su hermano el *Zagal* y de su hijo Boabdil. Este, ayudado por los abencerrajes que eran muy bestias, destronó a su padre y se hizo rey, pero vencido luego por los cristianos y hecho prisionero en Lucena, dejó el trono desocupado y volvió su papá a ocuparle.

Al salir Boabdil de la prisión retornó

a Granada y después de unas luchas brutales entre los abencerrajes—partidarios de Boabdil—y los zequies—partidarios de Muley—hicieron al fin ambas las paces y quedó nuestro hombre en el trono, marchando su hijito a ejercer el papel de rey de Almería.

Pero estaba de Dios que Muley no había de disfrutar el trono aquel que era de mal *agüero* pues cuando más tranquilo estaba, aunque ya era viejo y por añadidura, apareció en la perla del Genil—Granada, como quien dice—su hermanito, el *Zagal* y fué por éste destrenado o descoronado. Entonces el pobre hombre se retiró al sitio real de La-lobreña, sin pretender volver al trono en que estuvo sentado y que tan mal le sentó. Allí estuvo hasta que hincó el *pico*, siendo enterrado en el *pico* más alto de Sierra Nevada, que está a tres mil cuatrocientos ochenta y *pico* de metros de altura.

He ahí por qué a este *pico* se le llama desde entonces el *Pico de Mulhacén*.

XXX

El ' paso honroso, de : Suero de Quiñones :

La historia o los historiadores, que para el caso es igual, califican este suceso como una prueba del espíritu caballeresco que tanto abundaba en los ya remotos tiempos de la Edad Media.

No queremos nosotros calificarlo de otro modo, pero no tenemos más remedio que añadir que los caballeros de entonces era muy caballerescos y muy brutos, sin atenuantes de ningún género. Veán ustedes lo que vamos a contar del célebre *paso* y nos darán la razón.

Un tal Suero de Quiñones, de la casa de D. Alvaro de Luna, joven apuesto y

arrogante, tuvo un día una *ideica* que puso en práctica con la venia del rey. La *ideica* en cuestión era sencillísima y divertida hasta más no poder, pues consistía en defender en unión de otros nueve prójimos tan brutos como Suero, el paso del puente de Orbigo contra todos los que quisieran tirarle un *rentoy*. Durante quince días estuvieron los diez socios rompiendo lanzas y bautismos pertenecientes las unas y los otros a los sesenta y ocho caballeros que tomaron parte en la juerga que debió resultar muy entretenida. Ciento sesenta y seis lanzas se rompieron y ya no damos más detalles porque no tenemos tiempo, pero si quieren ustedes solazar el ánimo lean la monografía que del suceso escribió Pero Rodríguez de Lena, y verán canela en rama. Resulta entretenidísima la narración de Pero, pero les costará a ustedes Dios y ayuda encontrarla.

XXXI

Los comuneros y sus frases

Vamos a relatar sucintamente—como lo hacemos siempre—un suceso triste y espeluznante y en cuya relación no cabe nada que hue'a a humorismo. Se trata de una triple decapitación y ante un hecho semejante hasta los calvos se les ponen los pelos de punta. Por lo tanto, nada de bromas que resultarían del mal gusto, y al grano.

Es tan sabido que los jefes de las Comunidades Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado perdieron la cabeza—sin marearse—en Villalar, rebanadas por el hacha del señor verdugo,

que no hay necesidad de que lo repitamos. También es sabido que en aquel cadalso se hundieron con las tres ilustres cabezas las libertades de Castilla.

Pues bien—ahora ya si que vamos al grano—cuando los tres reos marchaban al patíbulo iba el pregonero delante voceando como un energúmeno la sentencia tan bárbara como injusta declarándoles traidores. Al marchar éstos fué Juan Bravo y dijo:

— «Mientes tú y aun quien te lo manda decir: traidores, no; más celesos del bien público y defensores de la libertad del Reino».

Esto, como ustedes comprenderán, estuvo muy bien dicho, *pero que archipistonudamente bien dicho* y si hubiera añadido alguna interjección mal sonante *mentándole* la familia hubiera resultado mejor. Pero aun mejor que la frase de Bravo fué la de Padilla que le replicó:

— «Señor Juan Bravo; ayer fué día de pelear como caballeros y hoy lo es de morir como cristianos».

Descubrémonos ante las inmortales figuras de los tres mártires y retirémonos a descansar.

XXXII

Las botinas de El Bastardo

Enrique II de Castilla, o *el de las Mercedes*, o *el Bastardo*, o *el Fratricida* o *el de Trastámara* que de las cinco maneras se llamó, fué una mala persona, sin atenuantes.

En él no se cumplió el refrán de que «quien a hierro mata a hierro muere», pues él mató *a hierro* a su hermanastro Pedro *el Cruel*, pero no murió *a hierro*, que murió *a veneno*.

Desde que se calzó la corona después de la traición de Montiel, no hacía más que pinchar y amolar a Carlos de Navarra y al emir Mohamed de Granada.

Estos dos sujetos no hacían otra cosa que cavilar de qué modo se quitarían de delante al monarca castellano.

Y lo encontraron, como va a verse, y va a verse de dos modos, colgándole el mochuelo a Carlos unos y otros a Mohamed. Los que se lo achacan al rey navarro dicen que éste compró el copero de Enrique para que le echase veneno en la copa. Los que se lo atribuyen a Mohamed cuentan la cosa de un modo más *bonito*, pues afirman que el solapado emir envió al rey de Castilla un magnífico regalo consistente en un par de botinas preciosísimas, forma *yankee*, las cuales estaban impregnadas de un veneno tan sutilísimo y mortífero, que en cuanto se las calzó nuestro hombre estiró la pata por siempre jamás, amén.

Si esta es la verdadera, resulta que murió por «do más pecado había...» ¡Claro! Murió por los piés, después de haber pasado la vida coceando ¡con qué a ver!...

XXXIII

Una bujía célebre

Cuando los Reyes Católicos trataron de apoderarse de Granada, lo hicieron estableciendo el campamento del ejército sitiador muy cerca de la hermosa y puética ciudad. Los moros granadinos que vieron alzarse cerca de sus muros una multitud de blancas tiendas como *una bandada de palomas*, arrugaron el entrecejo y comenzaron a inquietarse y a creer que la cosa era más seria de lo que parecía.

Esa inquietud disminuyó cuando a poco de formarse aquel nutridísimo campamento, fué éste destruído por un

formidable incendio que redujo a pavesas todas las tiendas con lo que tenían dentro, exceptuando los tenderos o personas que las ocupaban.

La causa de este siniestro fué la siguiente:

Una dama de la Reina Isabel que debía llamarse Simplicia Bobadilla, estuvo una noche en la tienda regia leyendo *El tio Jindama* hasta hora muy avanzada. Cuando acabó la lectura se fué a acostar muerta de sueño y se dejó la bujía encendida junto a una colgadura... Esta se quemó, y luego se quemó la tienda inmediata y después otra, y otra, y otra, hasta que del flamante campamento no quedaron ni los rabos.

Los sitiados como hemos dicho, cobraron ánimos al ver aquel desastre o lo que es lo mismo, se agarraron a la esperanza para que la mantuviera, pero esta buena señora dejó de darles de comer al poco tiempo cuando vieron que en el propio sitio de las cenizas surgía una bonita ciudad que los Reyes Isabel y Fernando bautizaron con el nombre de Santa Fe. Después de esto la rendición de Gradada, fué pan comido.

Véase cómo una miserable bujía fué la causa originaria de un hecho tan transcendental como lo fué el fin de la reconquista... Y llamemos *miserable* a la bujía por llamarla de algún modo, pero sin intención de ofenderla. ¡Que conste!



XXXIV

Els segadors

El día 7 de Junio de 1640 tuvo lugar en las calles de Barcelona un espectáculo extraordinario y fuera de abono, como las corridas de Beneficencia. Ese día era el de Corpus, precisamente, y el espectáculo que estamos aludiendo se conoce con el nombre de *Corpus de sangre* y de él ha tenido origen el celeberrimo cántico titulado *Els segadors*.

Todos ustedes saben que ese macarrónico y detestable cántico es, como si dijéramos el himno sagrado y patriótico de los *catalanistas*. ¿No? Pues vean ustedes el suceso tan *ameno* que lo ha inspirado.

Los franceses invadieron Cataluña, y las tropas españolas—fíjense ustedes bien—*españolas*, no castellanas, vencieron a las tropas francesas y libraron a Cataluña de la invasión extranjera. Después de aquello, esas tropas quedaron alojadas en diversas poblaciones catalanas: en Barcelona principalmente. Bueno, pues aquellos que tanto debían a sus libertadores, comenzaron a pincharles y a molestarles, hasta el punto de que el virrey don Dalmacio de Queralt Conde de Santa Coloma, hubo de tomar cartas en el asunto al ver que el odio a los *castells* se hacía tan ostensible.

Y llegó el día del Corpus, y con objeto de contratarse para las faenas agrícolas, llegaron a la ciudad condal todos los segadores de la comarca. Estos segadores eran muy brutos, a Dios gracias, y unidos a los barceloneses recorrieron las calles matando y degollando a cuantos soldados españoles cogían por delante. De esa degollina—repetimos—nació el célebre himno, que empieza así:

«Torna a ser lliure y ser plena,
Catalunya, gran condat.

Done al vent la senyera
¡Maten els castellás!

Bon cop de fals
Bon cap de fals, segadors de la terra!...
Bon cop de fals...!

¿No les parece a ustedes que la *cosa* es muy *apropósito* para que nuestros hermanos los catalanes la saquen a relucir a cada triquitraque? ¿Créen ustedes que puede ser patriótico el recuerdo de una ingratitud y de una salvajada como la que cometieron los segadores con sus huéspedes y hermanos y libertadores? ¿No les produce a ustedes rubor leer en la prensa ahora, en nuestros días, que al terminar una fiesta se arranca la multitud cantando *Els segadors* a voz en grito?

Pues si opinan ustedes como nosotros, es indudable que estamos de acuerdo. Y como estamos de acuerdo no hay necesidad de discurrir.

Y como no hay que discurrir nos retiramos. ¡Buenos días señores!

XXXV

Carta del Duque

Cuando Felipe II dijo aquello de que mejor quería no tener vasayos que tener vasayos herejes, refiriéndose a los países Bajos, debió oírlo indudablemente el Duque de Alba, pues al marchar a aquellas tierras como gobernador general empezó a practicar la *ideica* de su rey y señor con toda equidad, aseo y finura.

Antes de que el tal Duque hiciera su aparición por allá, la princesa Margarita cumpliendo las órdenes del Rey Felipe, había derrotado a los rebeldes y la mayor parte de ellos huyeron y los restantes se arrepintieron de su rebeldía.

A poco llegó el duque acompañado de *las de Cain*, y como César llegó, vió y venció, o lo que es lo mismo, estableció el celeberrimo *Consejo de los tumultos o Tribunal de la Sangre*. Comenzar a funcionar este tribunal y comenzar una escabechina de esas de «no te menees, pulguita», todo fué uno.

Cuentan las crónicas que murieron bajo el hacha del verdugo *nada más* que dieciocho mil personas, amén de treinta mil que emigraron perdiendo, como es natural, todos sus bienes.

Para dar una idea de como las gastaba el citado duque, no hay más que transcribir un trozo de una carta que dirigió a su monarca, en la que le decía:

«El día de la Ceniza se han preso cerca de 500; a todos estos he mandado justiciar. Para después de Pascua temo que pasarán de 800 cabezas».

Definitivo, complemento definitivo.

¡Y muy ameno!...

XXXVI

¡Más ere tú!

Don Pedro de Abarca y Bolea, conde de Aranda, fué un señor excelentísimo hasta dejárselo de sobra, y además un baturro tosco y noblote como suelen serlo sus paisanos.

Empezó por ser militar, y tan bién quedó en todos los fregados que asistió, que el rey Carlos III le nombró general en jefe del ejército, en el cual introdujo la táctica prusiana. Después el propio Carlos le hizo primer ministro, y en ese difícil cargo quedó como las propias rosas dictando medidas de gobierno acertadísimas y oportunas, siendo una

de ellas conseguir con astucia y habilidad que se usara el sombrero apuntado, cosa que su antecesor Esquilache no pudo conseguir empleando la fuerza. Con decir que ha merecido el dictado de «el Talleyrand», de su época, está dicho todo.

Como hombre de talento tenía sus correspondientes genialidades, principalmente la tozudez, como buen baturro que era, y para pintar su carácter nos cuenta la historia un cierto diálogo que en una ocasión sostuvo con el rey. Discutían ambos y hubo el monarca de decirle:

—Aranda, eres más terco que una mula manchega.

—Perdone, señor—replicó D. Pedro—pero conozco a algún otro más terco que yo.

¿Quién?

—La Augusta y sacra Majestad del rey de España y sus Indias.

.....

Es de creer que de ahí haya nacido la frase baturra: «¡Más eres tú!»

XXXVII

Las "combinas", de D. Paco

Don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y duque de Lerma, además de favorito de Felipe III y mangoneador de todas las Españas, fué un señor más vivo que la pólvora y más fresco que un litro de horchata de chufas.

Sacaba dinero de todo lo que se le ponía por delante. Como su principal objeto era recaudar *perras* fuere como fuere, inventaba una de cábalas y combinaciones capaces de hacer tiritar a un oso blanco y estornudar a una foca...

Claro está que casi todo lo que recau-

daba se lo guardaba para su uso particular sin importarle lo más mínimo que los sufridos contribuyentes le pusieran como un trapo.

Hizo varias *combinas* a cual más pintorescas, y para no cansar citaremos unas cuantas, dejando para lo último la más ingeniosa de todas. Ahí van.

Aumentó el valor de la moneda; se apoderó de la plata de las corporaciones religiosas; estableció los tributos llamados «censos sueltos», la «farda», la «renta de la abuela» y la «renta de población»; apechugó con los bienes raíces de los moriscos expulsados cuya jugada le valió para su faltriquera nada menos que 250.000 ducados, y en fin, hasta sus agentes pedían en su nombre limosnas de puerta en puerta.

La que hemos dejado para la última fué que ofreció a los propietarios de Valladolid llevarles allí la Corte a cambio de un montón de dinero. Lo hizo así, cobró lo estipulado y a continuación pidió y sacó otro tanto a los madrileños por volverle a llevar la Corte.

En resumen, que el duque de Lerma

de feliz y peregrina recordación y los
ventiladores... ¡uña y carne!

XXXVIII

Una estratagema

Allá por el año 1801 era ya Napoleón I el que cortaba el bacalao en Francia, aunque no era todavía emperador, y empezó a cortarlo en España como verá el que se tome la molestia de leer lo que sigue. Y lo que sigue es que empezó a hostigar y a pinchar a Inglaterra y como era nuestro *amigo* nos arrastró con él y con él fuímos a combatir a los ingleses, venciéndoles en algunos encuentros marítimos hasta que llegó el glorioso desastre de Trafalgar.

Las armadas española y francesa zurraron en aguas de Algeciras a la es-

cuadra enemiga, pero no fué oro todo lo que relució pues nos costó cara la victoria gracias (no hay de qué) a la estratagema que nos está ocupando.

Corría, aunque lentamente la noche del 12 de Julio del año citado. Las tinieblas borraban con su negro manto el cielo y la mar. La *mar* de tiburones, delfines, y merluzas dormían a pierna suelta en las profundidades del Océano. Todo era calma, silencio, quietud y obscuridad.

Los navíos españoles *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, navegaban orgullosos de la última victoria conseguida. En esto, uno de los barcos ingleses mandado por el almirante Laumarez, se acercó sigiloso por la retaguardia o popa y cumpliendo lo ordenado por el jefe navegó a toda vela por el espacio comprendido entre los dos barcos españoles mencionados, disparando a un tiempo contra ellos las andanadas de babor y estribor. Disparar o largar aquel convite y perderse en las tinieblas, todo fué uno.

Como es natural, nuestros barcos se tomaron por enemigos mutuamente y

comenzaron a arrearase candela de tal modo que mutuamente se destrozaron y mutuamente se echaron a pique.

Después de la hecatombe todo quedó en silencio. Unicamente se percibían no muy lejos las burlonas carcajadas del almirante Lanmarez (q. e. p. d.) y los gruñidos de los tiburones, delfines y merluzas incomodados por el ruido que les había despertado a aquellas horas.

XXXIX

La matanza de frailes

De todos es sabido que a la muerte de aquel chulo con corona—habla un historiador humorista—que se llamó Fernando VII, quedó nuestra pobre nación en un estado lamentabilísimo y deplorablo hasta más no poder. Los dos partidos, liberal y carlista que pronto habrían de encender la sangrienta guerra civil empezaban a germinar, y en el ambiente flotaban odios y pasiones que al estallar iban a ser la causa de que no quedaran ni los rabos.

En estas y las otras, ¡zas! sucedió que el tan aplaudido cólera morbo asiático

hizo su aparición y debut en España, y aquí fué ella. El populacho ignorante y supersticioso atribuyó la mortífera epidemia a que los frailes habían envenenado el agua de las fuentes y contra ellos se alzó indignado en Madrid primero y en otras poblaciones después.

Y como las cosas había que tomarlas por donde quemaban, comenzó una horrible matanza de frailes, carnicería espantosa e infame que es un baldón de vergüenza y oprobio para aquéllos tiempos. Todos los religiosos que no pudieron escapar de sus conventos, fueron bárbaramente inmolados a las furias del populacho.

Pero más horrible y vergonzoso aun que esto que acabamos de mencionar es lo que sigue. Y lo que sigue es que se cuenta como cierto que un alcalde de un pueblo de Aragón, envió un parte al Gobierno diciendo: «Continúa la matanza de frailes en medio del mayor orden».

¿Qué tal? Si no fuese tan triste este asunto podría hacerse algún comentario humorístico, pero no nos atrevemos a hacerlo aunque el partecito se las trae.

Lo que sí diremos es que indudablemente el citado y no nombrado alcalde en cuestión debe estar a estas horas en las calderas del Sr. Botero *torrefactándose* como si fuera café de *La Estrella*.

XL

El arrastre de Riego

Hay mucha gente que no tiene de Riego más noticias que el célebre himno de autor anónimo—la letra— y no faltan algunos que suponen que el tal Riego fué el inventor de las mangas de idem.

La ignorancia es muy *ignorante*. pero contra ella nos alzamos nosotros para pulverizarla, para aniquilarla y para *escachifollarla*. En cuatro palabras o en cinco cuando más, obramos este prodigio. Lo hacemos porque en algo hay que entretenerse ¡qué caramba!

Quedamos en que Riego, no inventó

el himno de su nombre ni tampoco fué el autor de las mangas, Mangas, es decir, mangas y capirotos sí que hizo con el batallón del Regimiento de Asturias que sublevó en Cabezas de San Juan allá por el año de gracia de 1820, pero para hacerlo le guió la noble idea de abolir el terrible absolutismo y restablecer la Constitución.

D. Rafael de Riego y Núñez era en aquélla época teniente coronel de infantería y además de eso era un jóven cultísimo, educadísimo y valientísimo. Saturado de ideas liberales que le rebosaban hasta por las ventanillas de la nariz aprovechó la ocasión de marchar un ejército expedicionario a las Américas para contener la sublevación de aquellas tierras y sublevóse con él. Nuestro hombre tuvo el acierto de salir bien con su empresa y de modesto jefe que era ocupó enseguida la categoría de personaje.

Parece natural que una cosa que salió tan admirablemente, acabase del mismo modo, pero no fué así. Tres años después de aquéllo no quedaba de la Constitución ni rastro, y el pobre D. Rafael

fué arrastrado metido dentro de un serón tirado por un burro y colgado de la horca después de tan triunfal paseo.

¡Desdichado Riego! En el *tresillo* de su gloriosa vida fué *arrastrado de mala... ¡de mala manera!*...

Indice

		<u>Páginas</u>
I.	Una hazaña de Carancio	5
II.	La cola de Sertorio	7
III.	¡El pobre Tulga!	10
IV.	Wamba y la corona	12
V.	Hermogio y su sobrinito	15
VI.	La venganza Catalana ..	17
VII.	Derrumbamiento de Sancho IV	19
VIII.	Los siete infantes de La ra	22
IX.	El Malo y La Cerda	25
X.	El Cruel y Abu-Said ...	26
XI.	Las patadas de Alfonso I	29
XII.	El monje arrepentido ..	31
XIII.	El año 1.000	33
XIV.	Una embajada	36
XV.	Enrique y el Maniquí ..	38
XVI.	Si la hicísteis en paja- res...	41
XVII.	Los caballos de D. Juan.	43
XVIII.	El Emplazado y los Car- vajales	46
XIX.	Un geroglífico	49
XX.	Los Monteros de Espi-	

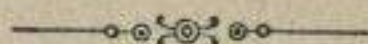
	nosa	51
XXI.	Una indirecta	54
XXII.	El valiente Tenorio	57
XXIII.	El sitio de La Coruña	59
XXIV.	El Impotente y la guerra	62
XXV.	El polvo de Almanzor	64
XXVI.	El escudo de Cataluña	67
XXVII.	La temeridad de don Beltrán	70
XXVIII.	Un mal trago y varios peores tragos	73
XXIX.	El pico de Muley-Hacén	76
XXX.	El paso honroso de Sue- ro de Quiñones	78
XXXI.	Los Comuneros y sus frases	80
XXXII.	Las botinas de «El Bas- tardo»	82
XXXIII.	Una bujía célebre	84
XXXIV.	Els Segadors	87
XXXV.	Carta del Duque	90
XXXVI.	¡Más eres tú!	92
XXXVII.	La «combina» de don Paco	94
XXXVIII.	Una estratagema	97
XXXIX.	La matanza de frailes	100
XL.	El arrastre de Riego	103



Excma. Diputación Provincial de Cáceres

Delegación de Servicios Culturales

1.ª Exposición del Libro Extremeño



Expositor *Biblioteca del*
Ayuntamiento
Cácer

